Inflación y economía doméstica. Desafíos materiales y repertorios de los hogares para afrontar la crisis reciente en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Inflation and domestic economy. Material challenges and households' repertories for coping with the recent crisis in the Buenos Aires Metropolitan Area*. Claudia Daniel y Mariana Hederia. Población & Sociedad [en línea], ISSN 1852-8562, en prensa. Puesto en línea en noviembre de 2026.

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución - No Comercial CC BY-NC-SA, que permite copiar, reproducir, distribuir, comunicar públicamente la obra y generar obras derivadas, siempre y cuando se cite y reconozca al autor original. No se permite, sin embargo, utilizar la obra con fines comerciales.
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/



Contacto
poblacionysociedad@humanas.unlpam.edu.ar
https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/pys/index

Población & Sociedad
revista de estudios sociales

Inflación y economía doméstica. Desafíos materiales y repertorios de los hogares para afrontar la crisis reciente en el Área Metropolitana de Buenos Aires

Inflation and domestic economy. Material challenges and households' repertories for coping with the recent crisis in the Buenos Aires Metropolitan Area

Claudia Daniel
Consejo Nacional de Investigaciones Científica y Técnicas, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina. cdaniel@ides.org.ar

Mariana Heredia
Consejo Nacional de Investigaciones Científica y Técnicas, Universidad Nacional de San Martín, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, Argentina. heredia.mar@gmail.com

Resumen
Este artículo pone el foco en el cruce entre el fenómeno inflacionario y la vida económica cotidiana. A partir de entrevistas a hogares del Área Metropolitana de Buenos Aires, examina cómo éstos experimentaron los aumentos recurrentes de precios entre 2023 y 2024, así como sus reacciones y esfuerzos por reencauzar la economía doméstica ante la desorganización de la vida ordinaria. Asimismo, indaga en la modificación de sus hábitos y prácticas económicas. Finalmente, aporta una diferenciación de hogares que contribuye a entender con mayor profundidad los diversos modos en que se vieron afectados por la inflación.

Palabras clave: inflación; condiciones económicas; familias; condiciones de vida

Abstract
This article focuses on the intersection of inflation and everyday life. Drawing on interviews with households in the Buenos Aires Metropolitan Area, it examines how they experienced recurrent price increases between 2023 and 2024, as well as their responses and efforts to reorganize household economies in the face of the disruptions to everyday life brought about by inflation. It also explores changes in their economic habits and practices. Finally, it proposes a typology of households that contributes to a deeper understanding of the diverse ways in which they were affected by inflation.

Keywords: inflation; economic conditions; families; living conditions

Recibido: 03/12/2025 - Aceptado: 17/09/2026

Introducción

El 16 de julio de 2023 Jorgelina nos recibió en su casa del barrio de Villa Domínico, aliviada por haber pospuesto la entrevista. Llovía el día inicialmente pautado y en esas ocasiones se hace difícil acceder al barrio y su vivienda suele inundarse. Empleada en una empresa que ofrece servicios de limpieza, es el único ingreso formal de un hogar numeroso que incluye a su pareja, tres hijos, su nuera y su bebé. Aunque Jorgelina fue recibiendo actualizaciones salariales, su economía familiar se mantiene a flote gracias al gran esfuerzo que pone en las compras y su vocación por "ahorrar" en los gastos cotidianos. Recorre supermercados buscando precios. Es medida en el consumo de servicios, sobre todo del gas porque el precio de la garrafa se incrementó tanto que necesita hacerla durar. Llegó a hornear su propio pan y usa la tarjeta SUBE de su tío jubilado porque sus viajes en transporte público están subsidiados: "O sea que ahora me llamo Facundo Gómez cuando tomo el colectivo", comenta entre risas.[1] Proviene de una familia humilde y en esas raíces encontró sus modos de lidiar cotidianamente con la inflación. Sin embargo, se muestra ávida por informarse y aprender de finanzas a través de videos que busca en YouTube y que le prometen sumar recursos para sobrellevar un presente desafiante.

En septiembre del mismo año, conversamos con Andrea que tiene la rutina de hacer un pedido a la verdulería los lunes. Con esa factura corrobora los incrementos de precios. Su gasto corriente está organizado alrededor de un menú familiar y una compra semanal. Intercambia información sobre los almacenes y negocios más económicos del barrio con otros padres a la salida del colegio de su hijo en Villa del Parque, donde residen. Le da cierta tranquilidad que la empresa grande para la que trabaja haya adoptado una pauta de revisión salarial trimestral, en vez de las dos actualizaciones al año como antes. Sin embargo, se siente inmersa en una vorágine de aumentos de precios de la que preferiría salir pronto. No puede evitar sonreír al mencionar el monto de la cuota del crédito de su PH (Propiedad Horizontal) de cinco ambientes, otorgado 15 años atrás por un banco público a tasa fija que hoy representa muy poco en su presupuesto familiar.

Este artículo examina la experiencia social de la inflación de hogares emplazados en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) entre los años 2023 y 2024. Aborda el tema desde una perspectiva pragmática (Serafin, 2023) interesada por analizar el modo en que los actores sociales enfrentan las situaciones problemáticas que genera en la vida ordinaria el incremento generalizado de los precios, tensionando hábitos y valores, arreglos y relaciones preexistentes, expectativas y planes.

Luego de una década de estabilidad monetaria (1991-2001), el fenómeno inflacionario se reveló persistente en la Argentina del siglo XXI. Aunque el país atravesó procesos inflacionarios prolongados a lo largo de su historia, este nuevo ciclo tuvo lugar en una sociedad crecientemente fragmentada, que evidenciaba tendencias contrapuestas en relación con la disminución de la desigualdad en ciertos planos y la consolidación de núcleos de exclusión

estructural en otros (Kessler, 2014; Maceira et al., 2025). A ello se sumó la fragilización de las clases medias y el retroceso del Estado en ámbitos del bienestar, por el repliegue de las prestaciones públicas en salud y educación (Kaplan y Piovani, 2018; Mario, 2018), que contrastan con la segunda mitad del siglo XX.

En el campo de las ciencias sociales, el retorno de la inflación revitalizó el interés sociológico por el tema; acto reflejo de la relevancia creciente que fue adquiriendo para la sociedad. Tras la salida de la pandemia de covid-19, las encuestas mostraban que la inflación había vuelto al centro de las preocupaciones sociales,[2] mientras el dinero y los precios colonizaban las conversaciones cotidianas.[3] Nuestra investigación se propuso reconstruir cómo se vivenció la aceleración inflacionaria de la segunda mitad de 2023 y principios de 2024. La mayor intensidad resultó perturbadora porque trastocó el nivel inercial previo asimilado e incorporado en las rutinas, cálculos y expectativas. En ese escenario, realizamos entrevistas en 36 hogares del AMBA. Nuestra indagación puso el foco en las prácticas económicas, las formas de organización del presupuesto familiar y los medios de financiamiento y de ahorro ante el desafío de una inflación desbocada.

Aunque existen estudios sobre las prácticas económicas y el esfuerzo de consumidores y hogares por compatibilizar sus hábitos con la fluctuación de los precios (Hernández, 2020; Hernández y Luzzi, 2023; Motta y Neiburg, 2023), en este trabajo se realizan aportes en varios sentidos. En primer lugar, enlaza la mirada microsociológica sobre las prácticas económicas con el trastocamiento de las grandes convenciones que organizan la vida social. Este artículo pone de relieve la alteración del principio de conmensurabilidad que funda los intercambios y expectativas. En segundo lugar, a diferencia de estudios que tienden a tomar a la sociedad como un conjunto indiferenciado, aquí se parte de la idea de que la inflación no afecta de manera homogénea a todos los hogares e introduce segmentaciones dentro de lo que se ha dado en llamar la "sociedad inflacionista" (Kessler y Sigal, 1997). Si bien es cierto que la inflación es ubicua, golpea de un modo distinto a hogares de diferente condición. En tercer lugar, este trabajo pone el foco en la organización doméstica o familiar, atravesada por vínculos de interdependencia, cooperación y afectos —aunque también desacuerdos y disputas (Zelizer, 2009)—, antes que en la captura de racionalidades individuales. Los análisis hasta ahora disponibles no llegaron a profundizar en los repertorios económicos que despliegan las familias con diferentes niveles de ingresos o en condiciones que debilitan su capacidad de sostener su posición social en un contexto de pronunciada incertidumbre y volatilidad. Por último, este artículo contribuye, aunque indirectamente, a los estudios sobre la estructura social: deja planteada la necesidad de analizar en detalle el modo en que sus transformaciones recientes se encuentran entrelazadas con el proceso inflacionario que viene padeciendo la Argentina en los últimos veinte años.

El artículo se estructura en cinco secciones. La primera, presenta un recorrido por las interpretaciones de la inflación y las prácticas económicas

que se han propuesto desde las ciencias sociales. Luego, se precisa la estrategia metodológica adoptada. La tercera sección describe la manera en que el alza de los precios trastocó una operación dada por sentada, pero fundamental en la vida cotidiana: la conmensurabilidad. La cuarta sección aborda las reacciones de hogares de segmentos extremos de la estructura social. Esta sección introduce la diferenciación de las prácticas de consumo, financiamiento y ahorro entre los hogares más acomodados y aquellos con menores ingresos. En un quinto apartado, se exploran los desafíos adicionales enfrentados por los hogares fragilizados, ya sea debido a la naturaleza de sus condiciones laborales o por los consumos comprometidos. La última, concluye.

Aproximaciones sociohistóricas a la inflación

La inflación no fue siempre ni únicamente una preocupación de economistas, también fue abordada por cierta tradición sociológica. Durante la segunda posguerra, en los países centrales John Goldthorpe (1978) vinculó el incremento de los precios con los cambios experimentados en la estructura social. En su interpretación, el fenómeno se explicaba por el desborde de las capacidades productivas provocado por las demandas redistributivas de las mayorías. Revelaba la fortaleza de la clase obrera, la creciente participación ciudadana y la pérdida de autoridad de las jerarquías establecidas. Albert Hirschman (1980) introdujo algunas enmiendas para comprender "la matriz social y política" de las inflaciones latinoamericanas. Frente a la persistencia del fenómeno en la región, concluía que las causas debían buscarse en la capacidad de distintos grupos sociales con "poder o influencia para obtener riqueza o ingresos adicionales para sí mismo... pero no suficiente para hacerlo de manera permanente mediante una transferencia definitiva" (pp. 696-697). La sucesión de períodos breves de estabilidad e inestabilidad ofrecía ventajas o pérdidas circunstanciales, manteniendo, no obstante, una cierta hostilidad latente en la cual cada grupo anhelaba o temía la reversión de su suerte.

Estudios sociológicos posteriores concibieron a la inflación como un mecanismo de redistribución implícita entre grupos y un "lubricante" para los conflictos sociales, extendiendo esta interpretación a las experiencias inflacionarias de los años ochenta (Kessler y Sigal, 1997). En paralelo, la historia social ha avanzado iluminando aspectos de la sociedad argentina de la segunda posguerra que resultaron reveladores de la experiencia ambigua de la inflación durante el período. La expansión del consumo de los trabajadores que iban "de compras" (Milanesio, 2014) recrudecía los conflictos distributivos mientras las autoridades implementaban medidas de "domesticación" del comercio y de represión de conductas consideradas especulativas (Elena, 2012). La historiografía reciente contribuyó también a entender la emergencia de figuras emblemáticas modeladas por sucesivas luchas antiinflacionarias: las del consumidor y el ama de casa. Desde la historia de las mujeres, la literatura enlazó el rol normativo de esposas y

madres con la gestión de un presupuesto familiar tensionado entre el progreso y el alza cotidiana de precios (Milanesio, 2006; Cosse, 2009; Pérez, 2012; Pite, 2013; Casola, 2024). Otras indagaciones se interesaron por el papel atribuido al consumidor y la promoción de una nueva "mentalidad" orientada a comparar precios y maximizar ingresos (Fridman, 2010; Pryluka, 2016), objetivo de las políticas de la última dictadura militar. En la medida en que, desde mediados de 1970, la persistencia de la inflación se correspondió con la búsqueda de reservas de valor más confiables, la expansión de las deudas y el despliegue de las finanzas, otros estudios encontraron allí las raíces de la preferencia de los argentinos por el dólar y otros destinos para sus inversiones (D'Avella, 2012; Luzzi y Wilkis, 2019; Wilkis, 2024). Otros analistas evidenciaron el modo en que se entrelazaron, en torno de la inflación, interpretaciones, dispositivos y prácticas monetarias expertas y ordinarias (Neiburg, 2006, 2008; Daniel y Lanata Briones, 2019; Hernández y Luzzi, 2023). Los estudios políticos, finalmente, mostraron el debilitamiento de la autoridad pública que trajo aparejado la inflación, el ascenso de los expertos y los distintos intentos de gobernar o disciplinar los precios (Heredia, 2015; Quiroga, 2017; Heredia y Daniel, 2025).

Sobre este trasfondo, Natalio Botana y Peter Waldman (1988) subrayaron que, a la hora de identificar a quiénes se veían perjudicados y beneficiados por la inflación,

> la línea divisoria no se traza entre el capital y el trabajo sino también entre los sectores organizados con poder defensivo y las categorías sociales sin recursos ni talante asociativo (rentistas con alquileres congelados, trabajadores del campo y la ciudad sin acceso al ahorro en divisas, etc.). Este conjunto, arrojado al proceso inflacionario sin resguardos ni reparos, es quien más daño recibe. (p. 5)

Siguiendo esta línea, Gabriel Kessler y Sylvia Sigal (1997) analizaron los comportamientos y las representaciones sociales en coyunturas de incertidumbre radical como la hiperinflación de 1989-1990.

Aunque aludidas en todos estos estudios, las familias no fueron un foco privilegiado de atención. Una excepción lo constituye el estudio de María Clara Hernández y Mariana Luzzi (2023) sobre los marcos de referencia con que los hogares de una ciudad intermedia de la provincia de Buenos Aires enfrentaron el incremento de los precios entre 2017 y 2020. Su trabajo fue revelador del desarrollo de formas "caseras" de medición —como el seguimiento del valor de los alimentos básicos, la nafta u otros productos de consumo regular— para evaluar el pulso del incremento de precios.

Dos nociones aparecen al momento de caracterizar las prácticas económicas en estos entornos: Kessler y Sigal (1997) se refieren a una "racionalidad inflacionista", mientras Hernández y Luzzi (2023) prefieren aludir a una "racionalidad adaptativa". La primera noción subraya el carácter estratégico de desprenderse lo antes posible del dinero para transformarlo en bienes de consumo o en opciones de ahorro o inversión capaces de evitar la depreciación. El mandato es: sacar ventaja o protegerse del incremento de los

precios. Hernández y Luzzi, por su parte, argumentan que bajo una mirada de mediano plazo y en condiciones de inflación más moderada, lo que se observa es más una adaptación que una búsqueda de maximización. Según las autoras, los hogares estudiados evidenciaban cierta naturalización del incremento de los precios, con márgenes acotados de acción. Subrayan el carácter adaptativo de los comportamientos, en la búsqueda por sostener los consumos habituales bajo una inestabilidad de precios relativamente previsible.

Enfocados en la hiperinflación de 1989 y 1990, Kessler y Sigal (1997) tendieron a asumir que los comportamientos estructurados por la "racionalidad inflacionista" eran generalizados. Sujetos de distinta condición social quedaron así inmersos de manera indiferenciada en la "sociedad inflacionista". Pero, miradas de cerca, las experiencias podrían llegar a ser más diversas. Al indagar en profundidad en los repertorios económicos de los hogares en el particular escenario inflacionario de 2023-2024, este artículo pone mayor atención en la segmentación social de las experiencias y prácticas.

Si bien la noción de "racionalidad" (inflacionista o adaptativa) permite iluminar la relación entre condicionamientos y prácticas, presupone una estabilidad contextual que no resulta evidente cuando se observan perturbaciones profundas y la estructura de la situación se modifica a mayor velocidad. En primer lugar, el desorden de los precios y de las reglas económicas complejiza la temporalidad de la acción. Cuando la inflación se dispara, no existe continuidad entre las condiciones en las que se piensa, se actúa y se evalúan los comportamientos. En la medida en que la conmensurabilidad se torna más engorrosa, resulta difícil para los actores evaluar *ex ante* y *ex post* si sus decisiones resultarán o resultaron racionales. En segundo lugar, esas nociones corren el riesgo de obliterar la historicidad de la acción. Al indagar sobre consumidores o familias sin mayores distinciones, la noción de racionalidad subestima los soportes de la acción que cada período ofrece y cada estrato social tiene al alcance. Es cierto que la noción de estrategia es sensible a las distinciones de clase y permite diferenciar a miembros de distintos estratos sociales. No obstante, el término no suele incorporar las condiciones en las que se desarrollan las acciones. A modo de ejemplo, los hogares de los años ochenta no contaban con plataformas de comercio electrónico para cotejar precios, una posibilidad generalizada entre los consumidores del siglo XXI.

Por su parte, la noción de repertorio económico ofrece la posibilidad de capturar estas dimensiones y a la vez de colocar a las familias y sus entornos como sujeto central de una historia social de la inflación. El término subraya la historicidad y variabilidad de las opciones disponibles, el aprendizaje y la familiaridad con ciertas prácticas, la intervención de otros actores en la tolerancia o represión de esos comportamientos. Esta noción recupera los recursos, saberes y prácticas disponibles que se movilizan en determinada situación. Con la ruptura de los automatismos generada por el desbocamiento de los precios, y obligados a tomar decisiones, los actores tienen ante sí un

conjunto de opciones. Sin embargo, la perturbación de la operación de conmensurabilidad hace que evaluarlas se haga más difícil tanto para ellos como para el analista.

Aspectos metodológicos

Este artículo se basa en una investigación cualitativa que se propuso reconstruir las experiencias de los hogares y sus repertorios económicos en un escenario de incremento generalizado de precios. ¿Qué tipo de desafíos enfrentaron los hogares del AMBA en esa particular alza de la inflación? ¿Cómo hicieron para encararlos? ¿Con qué recursos? Al calor de los acontecimientos, nos interesaba comprender cuál fue el impacto de la escalada inflacionaria y aportar evidencias sobre la eventual modificación de las prácticas económicas y los arreglos intrafamiliares. Al tratarse, en muchos casos, de prácticas sedimentadas por la larga convivencia con la inestabilidad económica, o por disposiciones adquiridas en periodos anteriores, indagar hábitos tan naturalizados constituyó un gran desafío. Realizamos 36 entrevistas a personas adultas (edad promedio 42 años), miembros de hogares de distintos estratos socioeconómicos, residentes en el AMBA, durante el tercer trimestre de 2023 y de 2024. El 67 % fueron mujeres y el 33 % hombres. Algo más de la mitad de las entrevistas fueron realizadas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires —CABA— (58 %) y el resto en barrios del Gran Buenos Aires.[4]

Siguiendo la definición de Elizabeth Jelin (1983), entendimos al hogar como el núcleo de dos o más personas que comparten tanto la vivienda como la subsistencia y que se enfrentan a los desafíos de la vida cotidiana. El hogar involucra a sus miembros en relaciones de intimidad que no se contraponen a su actividad económica, sino que son interdependientes (Zelizer, 2009). Confeccionamos la muestra a partir de ciertos criterios constantes y variables. Por un lado, decidimos que fueran familias nucleares, con al menos una persona adulta en actividad y niños/as o adolescentes en edad escolar. Esto nos permitía conocer las exigencias que pesan sobre los perceptores de ingresos que tienen al menos un menor a cargo. Por otro lado, para definir el estrato socioeconómico de pertenencia, tomamos en cuenta atributos clásicos de los estudios de estratificación social como el lugar de residencia, el nivel educativo, el tipo de ocupación y los ingresos. Para que las situaciones fueran contrastantes, incluimos entre los sectores medios-altos a quienes residen en barrios residenciales, poseen títulos universitarios, se ocupan en empleos profesionales y perciben ingresos per cápita familiar que los ubican en los rangos más altos de la distribución.

Finalmente, introdujimos una segunda clasificación de los hogares basada en fuentes de fragilidad o vulnerabilidad ante escenarios de incremento desbocado de los precios. Como otras aproximaciones sociológicas (Castel, 1997), asumimos que la condición familiar, patrimonial y laboral modifican la exposición de los hogares a riesgos e imprevistos, entre ellos, la inflación.

Mientras que las familias propietarias y las personas con empleos estables y protegidos están en mejor posición para lidiar con el aumento de los precios, inquilinos, trabajadores independientes o precarios se ven más afectados. A su vez consideramos las formas de acceso a la salud y la educación de sus hijos/as y el endeudamiento. Construimos una escala progresiva de grados de fragilización en función de la combinación de las siguientes características:

- **empleo irregular o inestable**: trabajador/a independiente o dependiente informal. Este criterio fue incluido, con independencia de la calificación laboral de la persona,[5] porque consideramos que se trata de ocupaciones que, bajo las condiciones observadas en 2023, estaban en desventaja en relación con empleadores y trabajadores dependientes formales que contaban con actualizaciones salariales frecuentes. Como destacaron Sebastián Etchemendy et al. (2023), los trabajadores no asalariados (en particular, los cuentapropistas informales) carecen de mecanismos institucionales para defender sus ingresos en contextos inflacionarios. Otros analistas han demostrado además que los trabajadores independientes registran caídas más rápidas y pronunciadas de sus ingresos horarios (Airoldi y Benza, 2026).

- **servicios de educación o salud privatizados** que colocaban mayores exigencias al presupuesto familiar en un escenario de volatilidad de precios. No se trataba de tomar en consideración la disponibilidad o no de esos servicios, sino de la elección del hogar de proveerse de ellos a través de su oferta privada. En ciertos sectores sociales, el acceso a la salud o a la educación se encuentra crecientemente mercantilizado, lo que pone en juego la capacidad de solventarlo o, de lo contrario, la necesidad de acceder a formas de financiamiento.

- población **inquilina** que se halla expuesta a la inestabilidad en la fijación del precio de los alquileres.

- **endeudamientos** que volvían más vulnerable financieramente al hogar. Cabe aclarar que las deudas fueron consideradas un factor adicional de fragilidad del hogar, pero su indagación no constituyó un objetivo particular de la investigación. Las tuvimos en cuenta para perfilar a los hogares, apoyándonos en la fuerte asociación que otras investigaciones evidenciaron entre la informalidad de la ocupación del principal proveedor, la mayor necesidad de financiamiento y la dependencia de fuentes de financiamiento informales (Comisión Económica para América Latina y el Caribe —CEPAL— y Ministerio de Economía de Argentina, 2023).[6]

La clasificación de cada hogar fue establecida a partir de la combinación de esas cuatro dimensiones (Tabla 1). Conceptualmente, otorgamos mayor jerarquía a la condición laboral, teniendo en cuenta el marco de estabilidad, la regularidad del flujo de ingresos y las protecciones sociales que brinda un trabajo formalizado. Admitimos la posibilidad de que el hogar presentara alguno de los demás aspectos indicativos de fragilidad, sin por eso dejar de ubicarlo en el nivel más robusto o estable de la escala. En el otro extremo, los hogares que presentaban tres o más factores que vulneraban su condición fueron clasificados como los más comprometidos.

Tomamos contacto con las personas entrevistadas a través de redes personales y siguiendo una estrategia de bola de nieve. Las entrevistas tuvieron una duración promedio de una hora y media y versaron sobre las distintas prácticas económicas del hogar. Algunas experiencias se revelaron más diáfanas; mientras que en otros casos a poco de avanzar la sensación de desorganización, perplejidad y cansancio alcanzaron una pronta saturación. En relación con la variabilidad de repertorios familiares, logramos identificar reacciones diversas sin alcanzar una saturación de los resultados. El análisis se llevó a cabo a partir de categorías predefinidas y otras que emergieron del trabajo de campo.

Tabla 1. Diseño metodológico de la clasificación de hogares

	DIMENSIONES			
CATEGORIAS	**Situación laboral del principal proveedor del hogar**	**Consumos en áreas básicas del bienestar**	**Propiedad de la vivienda**	**Endeudamiento del hogar**
	Trabajador en relación de dependencia	Educación Pública Estatal	Propietario	No endeudado: sin préstamo o crédito, formal o informal, en los últimos años
	Con Empleo Formal: Con aporte a obra social y descuentos jubilatorios	Educación Privatizada	No propietario (inquilino u ocupante)	Endeudado: con algún préstamo o crédito, formal o informal, en los últimos años
	Con Empleo Informal: Sin aporte a obra social o sin descuento jubilatorio	Salud cubierta por obra social o sistema público		
	Trabajador Independiente	Salud mercantilizada		

Fuente: elaboración propia.

Tabla 2. Distribución de las entrevistas según la clasificación de hogares

Hogares	N.°
Alta o medianamente fragilizados	15
Robustos (no fragilizados)	21
Total	36

Fuente: elaboración propia.

La disparada de precios y la desorganización de la vida cotidiana

Aunque sin alcanzar los niveles de crisis hiperinflacionarias anteriores, la intensificación de la inflación de 2023 no se había registrado en todo el siglo XXI. Durante ese año, el índice mensual de precios pasó de 6 % en enero a duplicarse en agosto (12,4 %) y seguir ascendiendo en septiembre (12,7 %) y noviembre (12,8 %). Finalmente, la variación del Índice de Precios al Consumidor (IPC) del último mes del año alcanzó el 25 %. Mirados cualitativamente, esos valores fueron disruptivos de un patrón de inflación al que la sociedad se había habituado. Argentina atravesaba un cambio de régimen inflacionario en el que la inercia era reemplazada por un espiralamiento imprevisible que acortaba los contratos y desbocaba los precios relativos. A lo largo del 2023, la incertidumbre se vio alimentada por la escasa credibilidad de la política económica del presidente Alberto Fernández (de la coalición política "Frente de Todos", 2019-2023), la inminencia de las elecciones presidenciales y el deterioro de las reservas del Banco Central.

Pero, los entornos inflacionarios no solo difieren por la magnitud de la variación de los precios o la velocidad repentina que adquieren, sino también por el contexto institucional que los enmarca. En este sentido, el ascenso de un gobierno de extrema derecha a fines de 2023 significó un quiebre. El proceso inflacionario precedente había estado acompañado de mecanismos de actualización de salarios e ingresos que se interrumpieron con la nueva administración. En efecto, según Etchemendy et al. (2023), las políticas de coordinación salarial (paritarias) sostenidas en 2021 y 2022 habían permitido que, aunque muchos ingresos reales permanecieron estancados, las personas asalariadas del sector privado registrado no perdieran capacidad adquisitiva.[7] El retraso en las actualizaciones salariales en 2024, junto a otras medidas de compresión del gasto público y ajuste estructural, modificaron nuevamente las condiciones institucionales.

Otro aspecto singular del escenario inflacionario estudiado fue la paradoja de una tendencia creciente a la "democratización" de las finanzas digitales[8] junto al "corset" colocado sobre las prácticas financieras a las que distintos sectores sociales estaban habituados (como la fuga hacia el dólar ante la pérdida del valor de la moneda). La extensión de la bancarización y los nuevos dispositivos tecnológicos a disposición de cada vez más sectores de la población ampliaron las posibilidades de financiamiento de los hogares. A la vez, el llamado "cepo" restringía el acceso legal al dólar, la tradicional moneda de atesoramiento (D'Avella, 2012; Gómez, 2019; Luzzi y Wilkis, 2019), mientras alimentaba un mercado cambiario paralelo.

En este marco, los testimonios recogidos nos permitieron capturar la "atmósfera de emergencia" (McCormack, 2015) generada por la aceleración inflacionaria, que alteró los ritmos y relaciones de la vida cotidiana e instaló un régimen de temporalidad e intensidad propias. Las prácticas habituales se

volvieron progresivamente más complejas y costosas, no solo en términos de dinero, sino también en inversión de tiempo y esfuerzos.

Si bien una amplia mayoría de las personas entrevistadas se mostraron preocupadas por la inflación y exigidas por la necesidad de hacer economía, algunas prestaban particular atención a los precios. Olga (44 años) nos confesó que siempre llevaba una bolsita en la mochila, para poder comprar aquello que encontraba barato, aunque no lo estuviera buscando, dado que consideraba que era la única forma que tenía para llegar a fin de mes. Walter (48) identificó como una ventaja el trabajar como distribuidor de una marca de panificados ya que, al recorrer supermercados a diario, tenía acceso inmediato a sus ofertas para adquirir bienes a un "mejor" precio. Santiago (39) señaló que al momento de consumir "es muy agotador tomar la decisión, como todo el tiempo decir: '¿qué hago? ¿gasto en esto o no gasto?'". Enseguida reparó en la sensación de urgencia por deshacerse del dinero: "Como que te sentís todo el tiempo apurado a tomar la decisión, porque mientras lo decidís sigue aumentando".

Para la mayoría de los entrevistados, el contexto inflacionario se navegaba sin brújula. La imposibilidad de calcular imponía desafíos a la anticipación, tanto en el largo plazo como en el más inmediato. Como comentaba Rafael (39):

> Vas a comprar un kilo de papa, y no sabes cuánto vale un kilo de papa, no sabes si tenés que ir con 1000 pesos o tienes que ir con 500. O, ponele, ahora que tengo un nene de 9, decís: lo mando al super, andá a buscar, no sé, una leche. Y… ¿cuánta plata le doy? ¿Cuánto vuelto le tendrían que dar? No… No sabemos. [ríe] No sabemos cuánto valen las cosas.

La desorientación fue lo que primó ante la pregunta por cómo calculaban el valor de los bienes de consumo regular. Esa desorientación se basaba en la imposibilidad de una acción tan central como naturalizada en la vida social: la conmensuración. Conmensurar significa expresar o comparar características normalmente representadas por diferentes unidades según una métrica común. Vista como una tarea práctica a la que continuamente recurrimos para darle sentido al mundo que nos rodea, es mucho más que un proceso técnico; demanda recursos y "requiere una enorme organización y disciplina" que se vuelve prácticamente invisible o imperceptible en el fluir de la vida ordinaria (Espeland y Stevens, 1998). El precio es uno de los ejemplos más comunes de conmensuración porque permite expresar y comparar diferentes entidades en dinero. El precio reduce información de manera tal que las personas pueden captar, representar y comparar rápidamente las diferencias.

Sin embargo, en escenarios en los que el ritmo de la inflación se acelera, tanto los supuestos como las operaciones en la que se asienta la conmensuración —normalmente dados por sentado—, cobran notoriedad y esa tarea se convierte en un trabajo arduo. La acción práctica de comparar deviene problemática, los resultados de esas evaluaciones se vuelven elusivos y la toma de decisiones se complejiza. Padre reciente de su segundo hijo,

Lautaro (35) expresó los efectos que acarrea la pérdida de esa métrica común sobre los nuevos consumos de su economía doméstica: "ya comprar pañales *es un caos*. O sea, no sabés si estás pagando mucho o barato y te tratás de rebuscar para poder comprar pañales o cosas básicas".[9] Obligados por el contexto a convertirse en sujetos optimizadores, discernir una "buena" de una "mala" decisión de compra, diferenciar aquello que es "barato" de lo "caro", resultaba desafiante. Los criterios utilizados hasta entonces devenían inválidos o efímeros. Aunque el sentimiento de desorientación fuera generalizado, no por ello las prácticas cotidianas se ponían en suspenso. Por el contrario, el escenario era generador de una efervescencia de prácticas.

Utilizada de manera rutinaria para representarse el valor de las cosas, la conmensuración se volvía tanto dificultosa como controversial: las personas dejaban de aceptar el precio como una expresión legítima del valor. Mientras en algunos casos insistían en reestablecer la conmensurabilidad con ciertas estrategias, en otros se abandonaban a esa imposibilidad y se contentaban con establecer para sí ciertos umbrales. En el primer caso, Romina (50), profesional, con un cargo jerárquico en una empresa industrial del GBA, compartía con gran parte de las personas entrevistadas la percepción de que se había perdido la noción del valor de las cosas. Ante la confusión reinante, con ciertos artículos como la ropa, optaba por traducir los precios a una "moneda dura" (en referencia al dólar). Comentaba: "Lo que te salen las cosas es una locura. Es caro en pesos y es caro en otra moneda." La actitud de Andrea (44) expresaba otra forma de adaptación ante el debilitamiento de las operaciones prácticas de conmensurabilidad. Ella también era profesional, empleada del área de recursos humanos de una empresa líder en el negocio de *real state*. Sin poder ser demasiado precisa, sostenía que:

> hay barreras que siento que no traspaso … que decís, no, esto es un bolazo de guita, no lo pago ni loca.… Por ejemplo, si vas a comprar ropa de mujer, no sé, para ir a trabajar a la oficina, vas a un lugar de marca y, no sé, un jean está 70 mil pesos, no lo pago [afirma de forma contundente]. ... No sé cómo explicar si tengo un parámetro, pero sí es como que hay límites que decís, no, esto no lo pago versus el uso que le voy a dar.

Testimonios como éstos ponen en evidencia el trastocamiento de las relaciones de equivalencia y la fragilidad de los parámetros utilizados para establecer jerarquías monetarias entre los bienes.

Por último, otro aspecto común a las prácticas observadas fue su sujeción al corto plazo. Por un lado, la teoría económica dominante ha demostrado que la inflación incita al consumo por la erosión del valor del dinero. Esto es conocido —y asumido como máxima— por los propios actores: "la plata no rinde, no te sirve como para atesorar o para ahorrar a futuro, entonces, el consumo es inmediato", explicaba José (39), profesional, empleado en relación de dependencia formal en una asociación civil que conformaba un hogar nuclear con su pareja e hija (8). El corto plazo se había vuelto el horizonte temporal predominante en el que eran pensadas y proyectadas las prácticas económicas.

Esto supone la generalización de una experiencia que bien conocen los miembros de hogares más vulnerables. Al explicar el consumo a crédito de los sectores populares, Pablo Figueiro (2010) destacó que ciertas condiciones de vida, como la inestabilidad de ingresos, las dificultades para cubrir necesidades básicas y la irrupción —constante— de imprevistos, estrechan de tal modo el horizonte de lo posible que el futuro deja de ser un objetivo. Así, el consumo se orienta a la satisfacción de lo cotidiano: "el 'gusto hay que dárselo hoy' y, con suerte, mañana se repita" (pp. 422-423). Lejos de disuadir el acto de consumo, la incertidumbre reafirma la razonabilidad de la inmediatez, de satisfacer necesidades o gustos que estos hogares anticipan que, de cualquier manera, estarán fuera de su alcance más adelante. En escenarios de incertidumbre como el que analizamos, la sujeción al corto plazo se hizo extensiva a otros grupos de la escala social que, poco a poco, también vieron diluir sus —pocas— certezas acerca del porvenir. La intensificación de la inflación actuó así como una experiencia igualadora, en un sentido levemente diferente al advertido por Juan Carlos Torre (2021). Para él, la inflación expone a sujetos de perfiles muy distintos a experiencias semejantes, mientras los distrae e incluso los engaña "del lugar que le[s] ha tocado en la puja económica" (p. 342). En nuestra interpretación, la igualación es hacia abajo, en la medida en que la volatilidad de precios lleva a todos a acortar el horizonte temporal de sus prácticas y subordinarlas al presente inmediato.

En este escenario, la continuidad de la inflación aparecía como la única certeza. Incluso la posibilidad de alcanzar cierta estabilidad era percibida como transitoria. Para el futuro próximo, muchos de los entrevistados anticipaban —aunque no lo desearan— una reproducción casi calcada de su presente. En el relato de Carla (38), quien contaba con un nivel de estudios universitario completo, trabajaba en un organismo estatal y era sostén principal del hogar que compartía con su hijo (3) y su pareja en el barrio de Mataderos (CABA), la repetición surgía bajo la figura de "un ciclo donde volvemos a caer en la misma", que continuamente se reinicia. El porvenir esperable no era sustancialmente diferente al presente. En sus palabras: "siempre es como una rueda donde en un par de años vamos a volver a estar en la misma".

El predominio del corto plazo está vinculado además con hábitos arraigados y experiencias acumuladas no solo por la larga convivencia con la inflación, sino también por la alternancia entre ciclos político-económicos polares. En las últimas décadas, la Argentina pasó sin solución de continuidad entre políticas liberales e intervencionistas, con tipos de cambio retrasados o sobrevaluados. De este modo, la percepción de los entrevistados aparecía como el resultado de varias capas: la del pasado más cercano o inmediato y la de las marcas dejadas por las crisis del país. Así lo sugería Emilia (51), también empleada en el sector público, pero con una familia más numerosa —esposo y tres hijos—, residente en Caballito (CABA): "en las charlas que tenemos [con amigas] es... 'Esto ya lo pasamos' ... en un momento se va a acomodar. Es

como un círculo. Estamos todos deseosos que se acomode lo más pronto posible".

Entre la ansiedad y la espera, la erosión provocada por la inflación trascendía los cálculos y gastos cotidianos: la incertidumbre sobre el futuro alcanzaba la posibilidad de imaginar cualquier proyecto familiar de mediano o largo plazo. Notablemente, al preguntarle a las personas entrevistadas de distintos sectores sociales sobre los planes para el año siguiente, o para 2030, la gran mayoría se declaraba incapaz de formularlos. En la medida en que esta dificultad era un rasgo común a todos los tipos de hogares, proyectar dejaba de ser una cuestión exclusivamente de dinero. Romina (50) es un ejemplo claro de cómo esta incertidumbre afectaba incluso a los hogares más consolidados. Jefa de un hogar emplazado en un barrio residencial del oeste del GBA, vivía junto a su hijo menor (16), se desempeñaba como gerenta de una empresa productora de lubricantes, filial local de una multinacional, en un puesto estable, formalizado y de altos ingresos. A nuestra pregunta reaccionó: "¡¿Cómo me imagino el 2030?! No me lo imagino. Tenemos este tema del corto plazo por cómo está todo que es casi imposible pensar[lo]".

Las instituciones laborales vigentes no contrarrestaban esa opacidad. Los miembros de hogares con ingresos fijos sostenían que no podían planificar porque los asalariados formales parecían estar destinados a perder la carrera contra la inflación; percibían que las actualizaciones quedaban siempre rezagadas. Los trabajadores independientes de ingresos fluctuantes podían llegar a contar, en algún momento, con un "trabajo que le pagaran muy bien". No obstante, su condición laboral les dificultaba proyectar y esa traba se agudizaba en un escenario de gran inestabilidad de precios. Proyectar no dependía solo del dinero con que contaran a la mano, sino de que el mundo que los rodeaba era percibido como dislocado y contingente.

Así, hogares de distintos estratos y condiciones sociales experimentaron la desorganización de la vida cotidiana, en al menos tres dimensiones. En primer lugar, el desorden forzaba a distintos miembros de los hogares a suspender el automatismo de ciertos gastos y colocarse en un estado de alerta permanente, con su atención volcada en los precios. En segundo lugar, la desorganización del entorno no comprometía solo decisiones puntuales, sino que la pérdida de la conmensurabilidad dificultaba todos los cálculos y resultaba esquivo juzgar la decisión más "conveniente". En tercer lugar, la exigencia de ganarle al tiempo se veía acompañada, a la vez, por la compresión del horizonte temporal en el que se proyectaban las prácticas. Dado que el presente se había vuelto tan problemático, poco espacio quedaba para el futuro.

Reacciones diferenciales de segmentos sociales opuestos

Los cálculos inciertos de los sectores medios-altos

Una diferencia sustancial de los grupos con ingresos medios o altos es que, al menos en el aprovisionamiento de bienes básicos, cuentan con mayores

capacidades para decidir cuándo y cómo gastar. Algunos hogares procuraban estoquearse y muchos de ellos aprovechaban las ofertas de los supermercados o las promociones de los bancos —como los descuentos y las facilidades de pago— que se volvieron habituales en 2023. Varios de nuestros entrevistados concentraban la compra en un supermercado o mayorista en los primeros días del mes con el dinero recién disponible en su cuenta bancaria. Algunos optaban incluso por pagar esa compra con tarjeta de crédito, no por necesidades financieras, sino para "ganarle" a la actualización de precios con el diferimiento del pago. Como explicaba Pablo (35):

> la idea es siempre tratar de hacer la mayor compra posible, porque a medida que va[n] aumentando [los bienes] vas perdiendo plata, poder adquisitivo ... Entonces, todo lo que puedas comprar hoy va a ser más barato que mañana. … Vas y te estoqueas porque después es mucho más caro. Eso es clave.

Lo notable es que otros hogares, con perfiles semejantes, se mostraron más proclives a adoptar medidas de austeridad. En algunos hogares de ingresos medio-altos como el de Andrea (44) o con varias fuentes de ingreso como el de Emilia (51), habían reemplazado la organización de la compra "grande" mensual por la estrategia del menú semanal para estructurar el aprovisionamiento de los bienes básicos. En el hogar de Andrea decidieron hacer "compras más chicas, vas y compras lo necesario, o se está por terminar la yerba, voy, compro yerba … y no tanto la compra masiva que uno iba y te gastabas un montón de plata donde comprabas todo". Mientras, Emilia mostraba con orgullo, en la pizarra colgada en la heladera de su casa, el menú semanal que organizaba las compras de los bienes de primera necesidad. Ella consideraba que esa estrategia le permitía hacer rendir mejor el dinero.

Si bien por sus niveles de ingresos regulares actualizados periódicamente, "llegar a fin de mes" no era una preocupación, algunos hogares de nivel socioeconómico medio-alto manifestaban sentirse afectados por la inflación. A tono con relevamientos estadísticos disponibles,[10] varios testimonios expresaron espontáneamente que tuvieron que recurrir a sus "ahorritos" para sostener ciertos niveles de consumo. A lo largo de 2023, pero sobre todo en 2024, muchas prácticas económicas a las que estaban habituados fueron reconsideradas: modificaron los lugares de aprovisionamiento, ajustaron la cantidad o calidad de las compras, renegociaron contratos de los servicios —como el de internet, telefonía y televisión por cable—; en suma, buscaron el modo de conseguir mejores precios. No obstante, las expectativas de este grupo descansaban en la convicción de que —con menor o mayor retraso— sus ingresos se actualizarían.

Al momento de organizar los gastos cotidianos, el principal dilema parecía residir en la forma más conveniente de pago. Ciertos hogares optaban por comprar con el financiamiento otorgado por las tarjetas de crédito, tanto para bienes costosos como básicos.[11] Si bien el uso de financiamiento para los gastos familiares tiene mayor incidencia en los hogares con ingresos elevados,[12] sus ventajas o virtudes no estaban dadas por sentadas entre las

familias de ingresos medios-altos entrevistadas. Para algunos, utilizar la tarjeta de crédito era una decisión conveniente, teniendo en cuenta la dinámica inflacionaria. Por ejemplo, Marcela (35) evaluaba la ventaja de las cuotas comparando el interés que ofrecían con el índice oficial de inflación. Su decisión asumía la continuidad de estas condiciones. En el hogar de Lidia (48), quien comparaba con otros dispositivos financieros, terminaban decidiendo "medio a ojo, medio a ojito" consciente de que las circunstancias podían verse modificadas:

> Si tengo toda la plata para pagar en una cuota, ¿cuánto me está dando de interés, no sé, el plazo fijo, mercado pago, el fondo FIMA [fondo común de inversión gestionado por un banco privado]? Y me lo guardo y lo pago en cuotas. Y voy viendo… Nada, igual cambia todo el tiempo. No es una cosa de la cual uno se puede agarrar porque el plazo fijo que el año pasado te daba 90 hoy no te da ni 40.

Para otros, endeudarse con la tarjeta de crédito constituía, por el contrario, una elección objetable. Gisela (47) buscaba evitar los riesgos que asociaba a ingresar en "esa bicicleta". Romina (50) se guiaba por un criterio normativo —cierto "deber ser"— que consideraba que "no está bien financiar el gasto corriente, lo que vos te consumís hoy, pagarlo en tres meses". En este contrapunto detectamos una tensión entre la optimización en base a cierto cálculo a la que se inclinaban algunos hogares y las consideraciones normativas que regían en otros.

En todo caso, era el valor de los bienes de consumo durable o las grandes erogaciones las que planteaban desafíos: la compra o manutención de un auto, la realización de viajes, el acceso a ciertos bienes o servicios que al ser más exigentes tensionaban el estándar de vida de estos hogares. En estos casos, el consumo no se limita únicamente a la satisfacción de necesidades básicas, sino que funciona como una fuente de placer y distinción social (Bourdieu, 1979). A la hora de evaluar esos gastos, defenderse de la inflación era sobre todo resistir el riesgo de desclasamiento que ésta podía llegar a inducir.

Las decisiones sobre los consumos más onerosos suponían una inversión de tiempo y energía considerables. La compra de bienes costosos solía estar precedida de minuciosas micro "investigaciones de mercado" en Internet, donde era posible cotejar la variación de las ofertas sin tener que trasladarse a los puntos de venta. Como compartieron Walter (48), Gisela (47), Jorge (41) y José (39), la búsqueda de información sobre precios estaba plenamente integrada al consumo o, de hecho, era una tarea que formaba parte del trabajo de consumir. En su departamento del barrio de Palermo (CABA), Jorge, abogado —quien conformaba un hogar nuclear completo con dos hijos en edad escolar (8 y 10) que contaba con ambos adultos ocupados con ingresos formalizados—, nos comentaba: "Hace poco se rompió el lavarropas y empezamos, como hacemos todos, primero, búsqueda en internet… y te vas convirtiendo, de a poquito, en el especialista de ese electrodoméstico". La adquisición de un bien durable no se agotaba en la consideración de sus

especificidades técnicas y estéticas, sino que comprendía una búsqueda obsesiva de precios y formas de pago.

Finalmente, otra especificidad de los hogares de mayores ingresos se centraba en la colocación de sus excedentes. Como manifestó Santiago (39), *project manager* en el departamento de ingeniería de una empresa metalúrgica, casado con una trabajadora *free lance* con ingresos en dólares y propietario de una casa de cinco ambientes en Villa Devoto, con la inflación se ha vuelto "más complejo la parte del ahorro". En algunos hogares (como los de Romina y Sabrina), el dinero extra comenzó a orientarse al gasto corriente. En aquellos en los que la capacidad de ahorro no había disminuido notoriamente, la cuestión era definir el destino del dinero para que no perdiera valor. Los hogares de mayor sofisticación financiera combinaban de forma variable los medios de ahorro que tenían a disposición (plazo fijo, atesoramiento de dólares comprados en el mercado formal o informal, dinero en Mercado Pago —una plataforma de pagos y servicios financieros digitales—, fondos comunes de inversión, inversiones a través de *brokers*, criptomonedas) y trataban de evaluar con cierta regularidad sus rendimientos relativos. Si bien decían sentirse "obligados" a acudir a estas prácticas, en varios casos consideraban que no tenían los conocimientos suficientes para encararlas.

La exuberancia financiera que caracteriza a las sociedades occidentales contemporáneas adquirió significados singulares para estos sectores medios-altos que enfrentaban contextos inflacionarios. Por un lado, a la hora de consumir, muchos de nuestros entrevistados se convertían en expertos "cazadores" de promociones bancarias, descuentos con tarjetas o billeteras de pago. Sacar provecho de esa oferta financiera requería cierta planificación y establecía una jerarquización *ad hoc* de las necesidades cotidianas. Por otro lado, en tanto ahorristas, se sentían forzados a desarrollar competencias sofisticadas con el propósito de hacer rendir su dinero. En vísperas del cambio de gobierno, el monitoreo de las ganancias se acortaba y resultaba en cierta medida imprevisible. Más allá del corto plazo, juzgar si un gasto o una colocación habían sido un buen negocio, había procurado una ventaja efímera o acarreaba consecuencias gravosas, era particularmente imprevisible cuando todas las condiciones que asentaban esos cálculos —incluso la existencia misma de la moneda nacional— parecían puestas en cuestión.

El ajuste de los sectores populares en los umbrales de la supervivencia

En los hogares de sectores populares, la intensidad de la inflación revelaba márgenes de acción mucho más estrechos, al punto de poner en riesgo la supervivencia cotidiana. Las dificultades económicas que se planteaban se relacionan con el aprovisionamiento de bienes básicos, en especial, las comidas diarias. La mayoría de estos hogares percibía la inflación a través de los aumentos de los precios de los productos de primera necesidad. Tal percepción coincide, en buena medida, con la evolución registrada por el IPC del INDEC: el incremento del rubro alimentos y bebidas no alcohólicas estuvo por encima del nivel general de variación de precios la mayoría de los meses

de 2023 (a excepción de mayo, junio, julio y octubre); mientras que su peso representaba alrededor de un tercio del presupuesto de las familias más vulnerables.[13] Estos hogares redujeron los gastos casi exclusivamente a la alimentación, diversificaron los lugares de compra, sustituyeron marcas o directamente dejaron de adquirir ciertos productos de consumo habitual.

Dalma (44) trabajaba como empleada doméstica y conformaba un hogar monoparental con sus cuatro hijos (el mayor, 23 años, ocupado, el resto de 17, 13 y 7 años a su cargo), con quienes residía en dos habitaciones de una pensión. Ella compraba "un poquito acá, un poquito allá, pero lo más económico que pueda tener". Algo semejante nos contaba Jorgelina (45), empleada en relación de dependencia en una empresa que brinda servicios de limpieza, quien convive con sus tres hijos, la nuera y un bebé en Villa Domínico. Al salir de trabajar había adoptado el hábito de recorrer supermercados buscando precios, porque "no compro todo en un solo lugar". Algo similar relataba Daniel (40), desocupado, quien era el encargado del aprovisionamiento cotidiano del hogar: "como soy una persona que estoy acá todo el día, vivo con los precios". Formaba parte de una familia ensamblada de cuatro hijos (25, 24, 11 y 7 años), sostenida por el ingreso de su pareja ocupada —en una institución de educación para adultos—, el cual resultaba insuficiente para afrontar los gastos familiares y lo obligaba a él a extender sus itinerarios de compra: "No es que voy y compro en el primer negocio que encuentre en la esquina. No, trato de caminar un poco, de entrar en lugares donde me conviene, donde yo veo que son más accesibles, ¿viste?".

Si en ciertos casos la economía doméstica había estado organizada a partir de compras semanales habilitadas por un ingreso bajo, pero regular, en varios hogares esa práctica se abandonó por la falta de recursos y se reemplazó por compras en el día, muchas veces en el almacén de barrio. Comprar "lo justo y necesario", señalaba Bárbara (35), ama de casa; los ingresos familiares provenían del trabajo de su marido, empleado de mantenimiento en un frigorífico de Quilmes, con dos hijos (15 y 12 años) en el hogar. Al dispararse el ritmo inflacionario, hizo ajustes en sus prácticas de aprovisionamiento, disminuyó la cantidad y empezó a "arreglarse más con lo que hay". Según Dalma, "cuando veo que ya falta en la heladera tengo que ir a comprar. Pero no hago una compra de un changuito lleno. Puedo ir y comprar una bolsita de dos leches, un fideo, así, pocas compras". Gimena (39) con dos ocupaciones en el área de servicios de limpieza, sostenía a sus tres hijos (4, 9 y 14 años) y a su pareja desocupada. Ante el alza de los precios, dejó de hacer las compras semanales en el supermercado, aunque consideraba que ese cambio la perjudicaba ya que era "ahí donde están los precios cuidados[14]… En el almacén del barrio no están".

En los sectores populares, el aumento de precios condujo no solo al reemplazo de marcas, sino a la elaboración propia de ciertos bienes, desde alimentos a productos de limpieza. Natalia (48), por ejemplo, residía junto a sus dos hijas (26 y 12) en Florencio Varela en una casa que construyeron con su marido, trabajador independiente del rubro de la construcción. En la

conversación, rememoró que ante el incremento de los precios: "Manuel dijo, no, dejá que me voy a comprar a la química, y compramos cloro, y hacemos nuestra lavandina".

A veces multiplicar el esfuerzo de los miembros del hogar no alcanzaba: en ocasiones, fue necesario introducir modificaciones en los hábitos alimentarios. Así lo relataron, primero, Alma (31) y luego Daniel (40), ambos desocupados:

> Comíamos galletitas o le comprábamos a los chicos. Y ahora nos parece más económico comprar pan y algún dulce, como para hacer un pancito con dulce, o así; galletitas no porque un paquete de galletitas sale una locura. Entonces, bueno, también fue cambiando en ese sentido.

> No consumimos carne todos los días, no se puede, el presupuesto no da, sino que vamos tratando de variar la comida. … Nosotros no llegamos a fin de mes, llegamos hasta el 20 como toda familia. Si se da que llegamos, ya se nota la reducción de la variedad de las comidas. Por ejemplo, las primeras semanas podemos darnos el gusto de comer una milanesa, comer un poquito de carne, cosas así. Después, bueno, por ahí ya viene el arroz solo, o acompañado de alguna cosa, pero reducimos la variedad y la calidad. Tenemos que reducir, no queda otra.

Por otro lado, respecto de las formas de pago de sus consumos básicos, los hogares de menores ingresos manifestaron manejarse prioritariamente con dinero en efectivo,[15] aunque tuvieran a disposición una tarjeta de crédito. Cuando el efectivo se acababa, algunos hogares recurrían a la compra a crédito de alimentos básicos, pero ello complicaba más aún el manejo del presupuesto. Jorgelina, la empleada de limpieza ya aludida, tuvo que acudir a esta modalidad cuando el hogar quedó sin dinero. En su organización familiar, la tarjeta estaba reservada para la adquisición de bienes costosos, como zapatillas. Pero cuando realizaba una compra de ese tipo:

> ahí ya empiezo a ahorrar en comida porque ¿qué otra más? Para poder pagar esas zapatillas también porque… está todo presupuestado para tal cosa. Y cuando surge algo como una zapatilla, ponele que es necesario, porque tiene que ir a la escuela, ya empiezo a ahorrar en otras cosas como la comida.

Por estudios precedentes (Figueiro, 2010) sabemos que las prácticas de consumo en los sectores populares argentinos se encuentran fuertemente estructuradas por las condiciones de percepción del ingreso, es decir, el carácter formal o informal del trabajo, la regularidad del pago (fijo o no) y su periodicidad, si éste se encuentra o no bancarizado. En el hogar de Bárbara (35), el trabajo de su marido en el frigorífico y su forma de pago quincenal (aunque algo flexible) constituían el parámetro a partir del cual se administraba el dinero y se llevaba adelante la contabilidad familiar:

> Ponele, él cobra, bueno, ahora viene con la plata, con la quincena, ¿no? Y bueno, nos sentamos los dos, tenemos dos latas escondidas y ahí guardamos la plata … Y bueno, contamos, él me da una cierta cantidad de plata, anotamos, y lo otro se guarda. Si yo veo que no llego en la quincena, porque las quincenas

> nunca son quincenas, son más de 20 días… si veo que no llego, empiezo a sacar ponele de a 10.000, y anoto. Entonces, después cuando él cobra la quincena, volvemos a mirar cuánto se sacó, se repone, me deja otra "x" cantidad de plata, y así yo me manejo. Porque si está toda la plata, se va toda la plata. Entonces, tratamos de administrarla de esa manera.

En este caso, las condiciones del pago de la remuneración laboral organizaban la disposición del dinero y configuraban los consumos posibles. De lo contrario, se percibía que la plata se "evaporaba", no por el efecto de un consumo desmedido, sino por la dinámica inflacionaria que era representada como una fuerza casi "natural" que arrasaba con todo y estaba fuera de su capacidad de control.

Aunque menos frecuente que en los sectores medios y altos, las entrevistas a miembros de hogares de sectores populares también nos permitieron acceder a prácticas de ahorro. Mientras que, en línea con hallazgos de investigaciones previas (D'Avella, 2012; Roig, 2015; Gómez, 2019), las familias de sectores medios se inclinan al ahorro en dólares, en los sectores populares, el ahorro se hace básicamente bajo las modalidades que estos grupos tienen a disposición, muchas veces en forma no monetaria para evitar —como señaló Figueiro (2010)— que la liquidez del dinero devenga un incentivo para el gasto. En este sentido, Jorgelina contó que estaba "invirtiendo en varillas, arena y comprando cosas para edificar" un local junto a su casa. Ella se inclinaba a comprar "cosas que tampoco se venzan y se mantengan ahí, aunque tenga que usarlo dentro de un año." En este hogar ahorrar se asociaba también a "no gastar de más" en los consumos cotidianos —en sus palabras, ya destacadas, "ahorrar en comida"—. Como apunta Alexandre Roig (2015) existe una distancia entre el ahorro como categoría analítica y como categoría práctica de uso corriente. Aunque el ahorro suele pensarse como la parte del ingreso atesorado —no consumido—, también adquiere el sentido de un gasto evitado o moderado, un esfuerzo que en los sectores populares permite sobrevivir al incremento de los precios.

En síntesis, la experiencia de los sectores populares revela cuánto la alimentación cotidiana se transforma en un desafío vital en contextos de incrementos de precios. Las formas de ajuste de la economía doméstica recorren un repertorio que va desde la intensificación de los esfuerzos (búsqueda obsesiva de precios, modificación de la regularidad de las compras, elaboración de bienes dentro del hogar), hasta el recorte de ciertos alimentos o de comidas diarias. Si bien algunas circunstancias permiten el acopio de materiales o bienes como forma de preservar un excedente, corresponde diferenciar los distintos significados que asume "el ahorro" en estos hogares.

Desafíos adicionales de los hogares fragilizados

Concebir solo a distintos estratos socioeconómicos no alcanza para aproximarnos a la estructura social en el siglo XXI. ¿Cómo afrontaron la

inflación los hogares cuyos ingresos eran fluctuantes y, al mismo tiempo, se encontraban exigidos por consumos privatizados, comprometidos con el pago del alquiler o el peso de una deuda? La pregunta resulta particularmente pertinente en la medida en que, con el cambio de gobierno, a finales de 2023, las incertidumbres no se limitaron al incremento agregado de los precios, sino también a los efectos de la nueva política de desregulación que habilitó aumentos sin restricciones de los alquileres y servicios educativos y de salud. Al permitir que las personas propietarias de inmuebles fijaran los precios a su criterio, numerosas familias inquilinas tomaron consciencia de la fragilidad de su condición. Algunas economías domésticas habían descansado en el retraso de los alquileres y servicios que le permitían liberar recursos para otros destinos. El ajuste drástico de esos rubros no dejaba de ser traumático, sobre todo para quienes descubrían el límite de sus ingresos.

Algunos hogares tuvieron la exigencia de acomodarse al incremento de ciertos precios que a sus ojos se presentaban como arbitrarios y sumaban tensiones profundas al presupuesto familiar. Lucrecia (34) conformaba un hogar monoparental con su hijo de nueve años que dependía de ingresos provenientes de un emprendimiento familiar (por el que era monotributista). Había acumulado gastos corrientes en la tarjeta de crédito, con la que cubría las compras de supermercado. Pero más le inquietaba el costo del alquiler y las expensas porque estaba pronta a firmar un nuevo contrato indexado por el departamento de dos ambientes donde vivía en San Cristóbal (CABA). Además, su hijo concurría a un establecimiento privado y ambos tenían cobertura privada de salud gracias al apoyo de los abuelos. En un contexto de recrudecimiento de los precios, la incidencia de estos servicios —alquiler, expensas, escuela privada, medicina prepaga— golpeó fuertemente el presupuesto familiar.

También en el hogar de Carla (38), que estaba contratada en una oficina estatal como monotributista, la inseguridad y el desasosiego se instalaron con los aumentos de la cobertura de salud y la escuela privada de su hijo, y el acortamiento de los plazos de revisión del contrato de alquiler de su PH de tres ambientes en Mataderos (CABA). Con su pareja hicieron recortes en distintos rubros —medicina prepaga, salidas y actividades extraescolares del niño—. En el hogar de Clara (31), que vivía en una pequeña casa alquilada con dos habitaciones, junto a su pareja y sus dos hijos, fueron las prácticas recreativas las que se vieron afectadas y empezaron a buscar actividades que fueran gratuitas. Según su testimonio, la decisión más difícil fue dejar de sostener la medicina prepaga, "porque se voló totalmente", quedando la familia sin cobertura de salud. La fragilidad latente de su condición se volvió muy concreta tras el cambio de gobierno y supuso el amargo descubrimiento del límite de su presupuesto para sostener servicios mercantilizados.

Ahora bien, nos interesa subrayar también el modo particular en que la inflación afectaba a los hogares que consideramos fragilizados en cuanto a la administración del presupuesto familiar. Estos hogares se caracterizan por la atención puesta en las variaciones del flujo del dinero y la exigencia de una

revisión continua de su asignación. Carmen (49) conformaba un hogar nuclear con su pareja y dos hijos (20 y 16 años). Si bien había tres personas ocupadas en el hogar (su pareja e hijo mayor), todos los ingresos provenían de trabajos independientes, sin periodicidad regular ni monto fijo. "Nosotros no sabemos cuánto ganamos porque es como que al ser independiente justamente no es siempre igual, entonces, bueno, estás como medio ahí", comentaba Carmen que ejercía como psicóloga, mientras su marido se desempeñaba como productor audiovisual independiente y su hijo se había sumado recientemente a realizar algunos trabajos informales, para solventar sus gastos. La volatilidad de los precios repercutía de diferentes maneras en su organización familiar. En primer lugar, volvía indeterminada y esquiva la magnitud del presupuesto de base:

> Norberto [su pareja] tiene trabajos cerrados desde principio de año. Están cerrados. Se los comió la inflación. Si él pasa un presupuesto para un trabajo anual, o sea, de un programa de televisión, de entrega todos los meses, pero lo cerró a principio de año, ya está, se los comió.

En segundo lugar, la obligaba a atender el modo de saldar los incrementos de la cuota del colegio privado de su hija menor que no se condecían con la evolución de sus ingresos ni de otros precios. En 2023, los ajustes de la cuota adquirieron una periodicidad completamente contraria a la irregularidad de sus ingresos familiares. Fuente de intranquilidad del hogar, su reacción fue tratar de incrementar las horas de trabajo para generar mayores ingresos y seguir sosteniendo esos servicios, pero aun así ello no resolvía la asincronía entre sus ingresos y gastos. Eugênia Motta y Federico Neiburg (2023) conceptualizaron este desacople como un problema de desalineamiento entre gastos regulares e ingresos inciertos, eventuales o esperados.

Los "rebusques" se multiplicaban en estos casos porque se había tornado no solo difícil sino fundamentalmente más incierto acumular el dinero necesario para sostener prácticas establecidas. Clara se dedicaba por cuenta propia a la fabricación y comercialización de alimentos veganos y los ingresos generados por ese emprendimiento eran fluctuantes. Su pareja tenía un empleo en relación de dependencia en una carpintería, pero no estaba formalizado y percibía una paga semanal. Su hogar estaba conformado además por un hijo en edad escolar (8 años) y un bebé, y habitaban una vivienda alquilada en la localidad de Ranelagh. Ante la escalada de los precios, incrementaron la frecuencia de las compras porque, según explicaba, habían dejado de estar en condiciones de realizar compras grandes: "No te digo que compramos al día, todos los días, pero … ya no está la plata tan dispuesta como para decir…, o vas y haces una compra y te alcanza para una semana máximo".

Más allá del aumento de precios, tener o no dinero a disposición, complejizaba la administración del presupuesto doméstico. Según indican nuestras entrevistas, resultaba bastante común que en los hogares con ingresos fluctuantes o irregulares, el presupuesto fuera administrado sobre la marcha, en base a la situación presente y a la disponibilidad inmediata del

dinero. Los cálculos a plazos más extensos resultaban inciertos, y el interrogante en torno a ¿llegamos o no? se reponía frecuentemente. Así lo comentaba Leticia (48), con ingresos variables trabajando como monotributista para una agencia de viajes:

> Evaluás un poco, si un mes le compraste [a tu hijo] zapatillas, vos no te vas a comprar zapatillas. Un poco lo vas diagramando de esa manera, no es que haya tanta planificación. Es un poco de sentido común, en realidad. Como: ¿llegamos?, ¿no llegamos? O si un mes es al revés, te sobra o pudiste cobrar una comisión adicional, o un pucho más de lo que habías contemplado el mes anterior, quizá agarrás y decís, bueno, ¿qué hace falta? Bueno, compremos un par de zapas.

El desafío parecía cifrarse en hasta cuándo o en qué medida estos hogares podían mantener la posición social en la que estaban antes del desbocamiento de los precios. Otras dificultades encadenadas con la falta de disponibilidad del dinero era el retraso en los pagos o afrontar imprevistos. En el hogar de Clara, por ejemplo, venían acumulando demoras con el pago del alquiler y las actividades extraescolares de su hijo.

Uno de los recursos utilizados por hogares con ingresos irregulares fue recurrir al financiamiento con tarjeta de crédito para la compra de bienes de consumo básico —que supuso, durante 2023, una suerte de subsidio encubierto al consumo por la licuación de las cuotas—. Si bien su incorporación significó una vía para navegar la turbulencia, al mismo tiempo, complicó la administración del presupuesto familiar y acumuló compromisos en el horizonte. Integrar las ventajas de la oferta de beneficios brindada por la banca pública y privada para promover el consumo (por ejemplo, la "cuenta DNI" del banco de la provincia de Buenos Aires), sumaba tensiones a la economía doméstica de Carmen:

> Yo tengo todo lo que es consumo de comida, perfumería, etcétera, todo metido en tarjeta de crédito. Entonces, para poder usar la cuenta DNI, tengo que pagar dos cosas al mismo tiempo. Entonces, que la tarjeta de crédito del mes pasado, de lo que usé el mes pasado, más la actual.

Al prestar atención a la dinámica irregular del flujo de dinero en el hogar, otros desafíos saltan a la vista. En hogares de ingresos fluctuantes, los miembros necesitan contemplar el ciclo del propio trabajo, la temporada en la cual "el trabajo se corta" o los meses en que el ingreso cae. Carmen llamó a ésta la etapa de "ahorro forzoso". Prever este momento demanda una tarea de anticipación de los gastos futuros. Sin embargo, la inflación tiende a sumergir al hogar en el tiempo presente y se vuelve extremadamente difícil planificar. El cálculo anticipatorio que exige la inestabilidad de los ingresos se vuelve no sólo problemático, sino en algunos casos impracticable:

> Necesitás saber más o menos cuanto necesitás para comer mínimamente. No estoy diciendo de que todo esté estable, pero si vos hoy tenés cien pesos y comprás y llenas un chango, y al otro día vas con cien pesos y no comprás ni tres litros de leche, es como que no sabes cómo administrar una casa, cómo mantener a tus hijos.

Al mismo tiempo, y teniendo en cuenta la yuxtaposición que suele existir entre la contabilidad del trabajo independiente y la del hogar, ese cálculo anticipatorio requiere además contemplar los insumos necesarios para dar continuidad a la actividad laboral**.** Natalia (48), que contribuía al sostenimiento de su hogar —conformado por su pareja y dos hijas, una en edad escolar (12)— con su trabajo como costurera cuentapropista, explicaba:

> Plata que entra, plata que se gasta. Yo no puedo guardar, sinceramente, no puedo ahorrar.… Uno, porque no sirve la plata, no sirve, nuestra plata ahora no vale, entonces como que guardarla es como…, se está devaluando más. Y entonces como que plata que entra, plata que va para el almacén… Pero yo ya sé que también se me está terminando el hilo blanco, bueno, así ya voy anotando y ya voy apartando ¿viste?

Como surge de este testimonio, los hogares de trabajadores independientes no asientan su presupuesto en una separación tajante entre economía doméstica y laboral. Los gastos asociados con su actividad económica y los de la familia se entremezclan. Los precios con los que estos hogares lidiaban no eran solo aquellos que se les presentaban como dados, producto de la voluntad y decisión de terceros, sino que también los comprometía como parte activa, obligados a fijar honorarios o precios de los bienes que comercializan. ¿Cómo establecer su valor en un escenario de tanta inestabilidad? Este dilema era paralelo a las incertidumbres que se vivenciaban en el hogar y comprometía vínculos afectivos, la distribución de responsabilidades, e incluso el uso del espacio de la vivienda, también involucrados en la actividad económica desarrollada.

Por ejemplo, la necesidad de reposición de la mercadería sumaba presión a un presupuesto familiar ya obligado a achicar gastos y reasignar porciones de ingresos, como el de Natalia (48). Ella se quejaba de los cambios semanales de los precios de los insumos que requería para trabajar por cuenta propia en el arreglo de ropa usada o en la confección de nueva, en su vivienda en el barrio La Carolina en Florencio Varela, zona sur del GBA. Los retrasos en la entrega a sus clientes de trabajos finalizados redundaban en la desvalorización del presupuesto inicialmente pactado y sumaban dificultades a la reposición de insumos. Esto impactaba en el presupuesto doméstico en tanto obligaba a una continua revisión de la asignación del dinero entre la unidad familiar y la productiva.

Sin duda, otro desafío radicaba en el armado de presupuestos. Rafael (39) que realizaba ocasionalmente trabajos de reparación de *notebooks*, monitores, televisores o instalaciones eléctricas de manera independiente, señalaba que cotizar se había convertido en algo "bastante caótico". Ese caos estaba relacionado con la corta validez de los presupuestos que le entregaban sus proveedores ("¡llegaron a ser válidos sólo por 4 horas!"), los problemas de abastecimiento de insumos, o los constantes pedidos de (re)cotización de parte de sus clientes.

En este sentido, los hogares sostenidos por trabajadores independientes no solo lidiaban con la necesidad de alinear los ingresos y gastos de su propia

casa, sino que también tenían que (re)evaluar el precio al que ofrecían su trabajo, servicio o los bienes que comercializaban. Para algunos, el traslado del incremento de sus costos o insumos constituía una solución. Otros podían acudir a un precio de referencia externa para fijar el valor —informado públicamente por una agrupación u asociación del rubro, o a través de una búsqueda en Internet—. Sin embargo, otros tomaban decisiones apoyándose en una gama diversa de criterios: la valoración de su entorno cercano, el grado de conocimiento del cliente, su fidelidad o pertenencia al barrio —entendida como signo de determinado nivel socioeconómico que los habilitaba a tasar diferente el trabajo—. También se contemplaba la extensión del plazo en el que se cobraría según si era un cliente particular o una empresa. Para ciertos trabajadores independientes la fijación del precio llegó a configurar verdaderos dilemas morales.

En síntesis, en la experiencia de este grupo particular de hogares, la incertidumbre, ya acentuada por la volatilidad de los precios de 2023 y 2024, se extendió además hacia la disponibilidad temporal del dinero, la posibilidad de establecer con precisión un presupuesto familiar de partida y la viabilidad de los cálculos anticipatorios a los que estaban obligados por la irregularidad del flujo de ingresos. En un escenario de intensificación inflacionaria, estos hogares se vieron embarcados en una constante reasignación de los gastos. Los angustiosos intentos de alinear sus ingresos inciertos con una dinámica cada vez más acelerada de incremento de precios, así como la necesidad recurrente de revaluar y tasar su propio trabajo, concentraron sus energías y esfuerzos.

Consideraciones finales

Resulta claro que, tras años de convivencia con la inestabilidad de precios, las acciones de protección, resguardo o defensa ante la inflación fueron progresivamente integradas por los hogares a las rutinas de la vida cotidiana. Por un lado, tales disposiciones se encontraban sedimentadas por las vivencias de generaciones anteriores, testigos de la larga historia inflacionaria del país, constituidos en comportamientos de referencia (Botana y Waldman, 1988; Kessler y Sigal, 1997). Por otro lado, todas las personas entrevistadas llevaban ya años ellos mismos enfrentando la volatilidad de los precios. La inflación crónica había instalado cierto horizonte relativamente constante de expectativas y la habitualidad de ciertas estrategias adaptativas (Hernández y Luzzi, 2023). Sin embargo, la dinámica más exponencial de la inflación de 2023, y el nivel que mantuvo a comienzos de 2024, perturbó esa situación, al modificarse las condiciones institucionales que la habían hecho posible —actualizaciones salariales periódicas, regulación de alquileres o servicios, incrementos regulados de escuelas privadas y prepagas, entre otros—. En un escenario cualitativamente diferente, las familias se enfrentaron a la necesidad de revisar sus prácticas y *reescribir* ciertos repertorios.

La diversidad de modos de organización del presupuesto familiar y de opciones adoptadas para lidiar con el incremento de precios se opone con claridad a la imagen de una racionalidad calculadora universal (descontextualizada y ahistórica). Los criterios, representaciones y convenciones en los que descansan las prácticas económicas de los hogares son plurales, heterogéneos y no faltan casos en que resultan incluso contradictorios. En los hogares más acomodados, las formas de lidiar con la inflación tienden a estar atadas a la modalidad que éstos encuentran de preservar el valor del dinero y conservar sus consumos, de conjurar el riesgo de desclasamiento simbólico y gestionar algunas frustraciones derivadas de las restricciones impuestas por el contexto. En los sectores populares, se trata de garantizar el sostén mínimo de los miembros del hogar, de "estirar" el presupuesto y alcanzar la reproducción más elemental de la unidad doméstica.

Aunque es claro que los repertorios se diferencian según las características socioeconómicas de los hogares, detectamos que tienen menos estabilidad o permanencia de lo que literatura suele atribuirles. En escenarios en los que cambian rápidamente las condiciones, reina la flexibilidad. El modo en que las familias afrontan el incremento generalizado de precios tiene que ver con cómo enmarcan sus acciones en cierta concepción del pasado y del futuro, y en la vivencia de aceleración que envuelve al presente. Recordemos que la supremacía del presente y la imposibilidad de planificar surgieron en las entrevistas como dos caras de la misma moneda. Si la desorganización de la vida cotidiana y la pérdida de la conmensurabilidad generada por la inflación afectaba a todos por igual, los hogares que denominamos fragilizados se vieron además envueltos en dilemas alrededor de la fijación de precios, comprometidos en esfuerzos continuos de reasignación del dinero y en intentos de realineamiento de ingresos y egresos presionados por actualizaciones recurrentes.

En términos generales, este artículo muestra que en escenarios de aceleración de la inflación no solo los hogares de sectores populares son los más afectados por el desbocamiento de los precios. Los hogares con ingresos fluctuantes o irregulares enfrentan desafíos específicos en la administración del presupuesto familiar. En ellos, se produce un desalineamiento temporal entre los gastos habituales que se incrementan y los ingresos que, además de ser inciertos —tanto en su monto como en su periodicidad—, pierden capacidad adquisitiva. Su fragilidad no deriva únicamente del nivel general de precios, sino de la temporalidad y disponibilidad del dinero. A su vez, en las familias que alquilan su vivienda o pagan servicios privados, las exigencias se multiplican y las decisiones se toman bajo restricciones tanto individuales como contextuales.

Si la inflación sumerge a la mayor parte de los hogares en el tiempo presente, en ciertos hogares vuelve impracticable el cálculo anticipatorio sobre la que se asienta la noción de racionalidad. Aunque todavía quedan muchas preguntas por responder, capturar la diversidad de experiencias y

repertorios económicos permitirá ampliar nuestra comprensión de los efectos circunstanciales y duraderos que la inflación deja en una sociedad que siguió padeciendo del incremento de precios pero que, en el siglo XXI, lo hizo con menos acciones colectivas para defenderse y menos protecciones laborales y sociales para enfrentar tiempos turbulentos.

Referencias

Airoldi, C. y Benza, G. (2026). Entre la autonomía y el riesgo. Las huellas de la inflación sobre los ingresos de los trabajadores independientes en la Argentina (2003-2025). *Papeles de trabajo*, *20*(37), 16-37. https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/papdetrab/article/view/2522

Botana, N. y Waldmann, P. (Comps.). (1988). Introducción. En *El impacto de la inflación. En la sociedad y la política* (pp. 1-6). Editorial Tesis / Instituto Torcuato Di Tella.

Bourdieu, P. (1979). *La Distintion.* Les éditions de Minuit.

Casola, N. (2024). La sartén por el mango. Las organizaciones de amas de casa y el mundo de la política entre dictaduras y democracias. En O. Acha, I. Barragán, N. Casola, D. D'Antonio, A. Eidelman, F. Fernández Barrio, M. J. Fernández, R. González Tizón, S. J. Insausti y L. Rodríguez Agüero, *Perseguidores y perseguidos. Estudios sobre género, trabajo y represión en la Argentina reciente* (pp. 153–172). Prometeo.

Castel, R. (1997). *Metamorfosis de la cuestión social*. Paidós.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe y Ministerio de Economía de Argentina. (2023). *Primer informe sobre endeudamientos, géneros y cuidados en la Argentina* [Documentos de Proyectos]. https://www.cepal.org/es/publicaciones/48916-primer-informe-endeudamientos-generos-cuidados-la-argentina-equipo-trabajo-la

Cosse, I. (2009). Los nuevos prototipos femeninos en los años 60 y 70: de la mujer doméstica a la joven "liberada". En A. Andujar, D. D'Antonio, F. Gil Lozano, K. Grammático y M. L. Rosaet al. (Eds.), *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina* (pp. 171-186). Editorial Luxemburg.

D'Avella, N. (2012). Pesos, dólares y ladrillos: la espacialidad del ahorro en la Argentina. *Boletín de Antropología*, *27*(44), 127-143. https://revistas.udea.edu.co/index.php/boletin/article/view/15613?articlesBySimilarityPage=319

Daniel, C. y Lanata Briones, C. (2019). Battles over numbers: the case of the Argentine consumer price index (2007–2015). *Economy & Society*, *48*(1), 127-151. https://doi.org/10.1080/03085147.2019.1579438

Elena, E. (2012). Guerra al agio: El problema de la domesticación del comercio en la Argentina del primer peronismo, 1943-1945. *Apuntes de investigación del Cecyp*, (21), 13-47. https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/apuntescecyp/es/article/view/4114

Espeland, W. y Stevens, M. (1998). Commensuration as a social process. *Annual Review of Sociology*, *24*, 313-343. https://doi.org/10.1146/annurev.soc.24.1.313

Etchemendy, S., Pastrana, F. y Vezzato, J. (2023). *Los ingresos populares en un régimen de alta inflación. Trayectorias y pospandemia en la Argentina* [Documento de Trabajo Fundar]. Fundar. https://fund.ar/wp-content/uploads/2023/09/Fundar_Ingresos-populares-en-un-regimen-de-alta-inflacion.pdf

Figueiro, P. (2010). Disponer las prácticas. Consumo, crédito y ahorro en un asentamiento del Gran Buenos Aires. *Civitas*, *10*(3), 410-429. https://doi.org/10.15448/1984-7289.2010.3.8339

Fridman, D. (2010). A new mentality for a new economy: performing the homo economicus in Argentina (1976-83). *Economy & Society*, *39*(2), 271-302. https://doi.org/10.1080/03085141003620170

Goldthorpe, J. (1978). The Current Inflation. Towards a Sociological Account. En F. Hirsch y J. Goldthorpe (Eds.), *The Political Economy of Inflation* (pp. 186-213). Harvard University Press.

Gómez, G. (2019). Money as an Institution: Rule versus Evolved Practice? Analysis of Multiple Currencies in Argentina. *J. Risk Financial Manag*, *12*(2), 1-14. https://doi.org/10.3390/jrfm12020080

Heredia, M. (2015). *Cuando los economistas alcanzaron el poder*. Siglo XXI.

Heredia, M. y Daniel, C. (2025). ¿Cómo disciplinar los precios? Inflación y sociedad a través de la prensa. *Estudios Sociales*, *68*(1), 1-36. https://doi.org/10.14409/es.2025.68.e0098

Hernández, M. C. (2020). Reconstruyendo los itinerarios: cómo se configuran las prácticas de compra para el aprovisionamiento diarios de los hogares en contextos inflacionarios. *Revista Sudamérica*, (12), 46-73. https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/sudamerica/article/view/3937

Hernández, M. C. y Luzzi, M. (2023). Coping with inflation: Social perceptions and ordinary measures of price increases in contemporary Argentina. *International Sociology*, *38*(6), 627-645. https://doi.org/10.1177/02685809231200892

Hirschman, A. (1980). La matriz social y política de la inflación: elaboración sobre la experiencia latinoamericana. *El Trimestre Económico*, *47*(187), 679-709.

https://www.eltrimestreeconomico.com.mx/index.php/te/article/view/3921

Instituto Nacional de Estadística y Censos. (2020). *Encuesta Nacional de Gastos de los Hogares 2017-2018. Informe de Ingresos.* https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/sociedad/engho_2017_2018_informe_ingresos.pdf

Instituto Nacional de Estadística y Censos. (2025). *Estrategias de manutención ¿Cómo organizan su economía los hogares argentinos?* [Dossier estadístico: noviembre]. https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/publicaciones/dosier_estrategias_manutencion_2025.pdf

Jelin, E. (1983, 28-30 de noviembre). *Las relaciones sociales del consumo. El caso de las unidades domésticas de sectores populares* [ponencia]. Seminario Técnico Regional sobre Mujeres y Familias de los Estratos Populares Urbanos en América Latina, Santiago, Chile.

Kaplan, C. y Piovani, J. I. (2018). Trayectorias y capitales socioeducativos. En J. I. Piovani y A. Salvia (Coords.), *La Argentina en el siglo XXI* (pp. 221-263). Siglo XXI.

Kessler, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina 2003-2013*. Fondo de Cultura Económica.

Kessler, G. y Sigal, S. (1997). Comportements et représentations face a la dislocation des régulations sociales: L'hyperinflation en Argentine. *Cultures et Conflits*, (24-25), 1-28. https://doi.org/10.4000/conflits.507

Luzzi, M. y Wilkis, A. (2019). *El dólar. Historia de una moneda argentina*. Editorial Crítica.

Maceira, V., Benza, G. y Dalle, P. (2025). Condiciones estructurales para el arribo de la derecha radical. Un análisis de clase (2016-2024). En Maceira y V. (Comps.), *Argentina en disputa (*pp. 25-50). Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento.

Mario, S. (2018). Servicios de salud: cobertura, acceso y utilización. En J. I. Piovani y A. Salvia (Coords.), *La Argentina en el siglo XXI* (pp. 265-289). Siglo XXI.

McCormack, D. (2015). Governing Inflation: Price and Atmospheres of Emergency. *Theory, Culture & Society*, *32*(2), 131–54. https://doi.org/10.1177/026327641456571

Milanesio, N. (2006). 'The guardian angels of the domestic economy': Housewives' responsible consumption in Peronist Argentina. *Journal of Women's History*, *18*(3), 91-117. https://doi.org/10.1353/jowh.2006.0044

Milanesio, N. (2014). *Cuando los trabajadores salieron de compras.* Siglo XXI.

Motta, E. y Neiburg, F. (2023). Misalignments: House money and inflationary experiences. *International Sociology*, *38*(6), 610–626. https://doi.org/10.1177/02685809231198004

Neiburg, F. (2006). Inflation: Economists and Economic Cultures in Brazil and Argentina. *Comparative Studies in Society and History*, *48*(3), 604-633. https://doi.org/10.1017/S0010417506000247

Neiburg, F. (2008). Inflación, monedas enfermas y números públicos. *Crítica en Desarrollo*, (2), 93-128.

Pérez, I. (2012). *El hogar tecnificado. Familias, género y vida cotidiana 1940-1970.* Biblos.

Pite, R. (2013). *Creating a common table in twentieth century Argentina: Doña Petrona, women and food.* The University of North Carolina Press.

Pryluka, P. (2016). Políticas antiinflacionarias y la educación de los consumidores durante la última dictadura en Argentina. *H-industri@*, *10*(18), 106-127. https://ojs.economicas.uba.ar/H-ind/article/view/874

Quiroga, J. P. (2017). El síntoma de la estatalidad: controles de precios y las capacidades estatales. El caso de Precios Cuidados en Argentina. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, *7*(13), 109-137. https://doi.org/10.18294/rppp.2017.1673

Roig, A. (2015). Separar de si, separar para sí: aproximaciones a las prácticas de ahorro domésticas en sectores populares urbanos argentinos. En A. Wilkis y A. Roig (Coords.), *El laberinto de las finanzas y de la moneda. Nuevas perspectivas de los Estudios Sociales de la Economía* (pp. 195-210). Biblos.

Serafin, M. (2023). Pragmatist perspectives on inflation. In search of a pragmatist theory of inflation. *Economic Sociology*, *24*(3), 1-8. https://econsoc.mpifg.de/47395/01_Edi_Serafin_Econsoc24-3_July2023.pdf

Torre, J. C. (2021). *Diario de una temporada en el quinto piso.* Editora y Distribuidora Hispano Americana S. A.

Wilkis, A. (2024). *Una historia de cómo nos endeudamos.* Siglo XXI.

Zelizer, V. (2009). *La negociación de la intimidad*. Fondo de Cultura Económica.

Notas

[1] Las entrevistas fueron realizadas entre julio y septiembre de 2023 y entre junio y septiembre de 2024, todas de manera presencial. Los nombres utilizados son aleatorios para preservar el anonimato de las personas entrevistadas.

[2] Wilkis, A. y Foulkes, E. (2022, 11 de agosto). Política y humor social cuando los precios vuelan. *Revista Anfibia*. https://www.revistaanfibia.com/inflacion-record-politica-y-humor-social-cuando-los-precios-vuelan/

[3] Luzzi, M. (2024). ¿Qué se puede hacer salvo hablar de plata? *Revista Anfibia*. https://www.revistaanfibia.com/que-se-puede-hacer-salvo-hablar-de-plata/

[4] Barrios de los partidos de Avellaneda, Berazategui, Florencio Varela, La Matanza, Morón, Tres de Febrero y Pilar.

[5] Las actividades realizadas por los trabajadores independientes o informales entrevistados cubrían un amplio abanico: empleadas domésticas, quienes trabajan en el comercio, micro-emprendedores, cuentapropistas y profesionales independientes.

[6] Advertimos, sin embargo, que tuvimos dificultades para profundizar en este aspecto y el material recogido presenta dos limitaciones: el riesgo de omisiones y la imposibilidad de acceder al peso que representaban las deudas en el presupuesto familiar.

[7] Según Etchemendy et al. (2023), en la pospandemia, quienes trabajan en la informalidad tuvieron menor capacidad de defender su poder adquisitivo. En un escenario de bajo desempleo, quienes tienen más capacidad política-organizativa pueden defenderse mejor de la inflación, como es el caso de los asalariados privados y estatales que cuentan con paritarias. Quienes carecen de un ámbito institucional para defender el ingreso, como las personas que trabajan por cuenta propia, están expuestos a una pérdida más sustancial de sus ingresos. Por tanto, el gran salto inflacionario amplió la disparidad y heterogeneidad de los ingresos populares.

[8] Luzzi, M. y Sánchez, M. S. (2025, 23 de mayo). Los años de la creatividad financiera. *Le Monde Diplomatique*. https://www.eldiplo.org/notas-web/los-anos-de-la-creatividad-financiera/

[9] Las cursivas son nuestras.

[10] Según datos de la Encuesta Permanente de Hogares del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), el 35,3 % de los hogares recurrió al uso de ahorros en el segundo semestre de 2023; esta proporción ascendió a 40,1 % en el primer semestre de 2024. Incluso los estratos medios (36,9 %) y altos (34,2 %) habían acudido a sus ahorros en una proporción similar que los estratos bajos (34,2 %) (INDEC, 2025, p. 13).

[11] Los últimos tres gobiernos, de signos políticos diferentes (Cristina Fernández —2007-2015—, Mauricio Macri —2015-2019— y Alberto Fernández), desarrollaron políticas de promoción del financiamiento en cuotas sin interés.

[12] Según datos del INDEC, para el segundo semestre de 2023, el 50,7 % de los hogares compraba en cuotas o en fiado con tarjeta de crédito o libreta. De acuerdo con la escala de ingreso per cápita familiar, se trataba del 64,5 % de hogares del estrato alto, 53,4 % del estrato medio y 41,2 % del bajo (INDEC, 2025, p. 12).

[13] Según la Encuesta de Gasto de los Hogares (2017-2018) del INDEC (2020), el gasto en el ítem "alimentos y bebidas no alcohólicas" representaba el 34,5 % de los ingresos en los hogares del primer quintil. Constituía un 22,7 % en el promedio de los hogares argentinos, mientras descendía al 15,7 % entre los de mayores ingresos (quinto quintil).

[14] El gobierno implementó una diversidad de medidas de control de precios, entre ellos el "Programa Precios Cuidados". Los productos de consumo masivo dentro del Programa solían estar disponibles únicamente en las grandes cadenas de supermercado.

[15] El informe INDEC (2020) respalda esta tendencia: a medida que aumenta el nivel de ingresos, decrece el uso de efectivo y se incrementa la utilización de instrumentos bancarizados, como tarjetas de crédito y otros medios de pago. Los hogares de menores ingresos (quintiles 1 y 2) usan principalmente el efectivo como medio de pago. En tanto, en el quintil más alto, casi un tercio del gasto se realiza con tarjetas de crédito y débito (p. 35).